

Elegía del árbol que no se rinde

A mis amigos de armas...tomar



Se desprenden.
Caen.
No del cielo,
sino del día a día.

Las hojas del cerezo
son pequeñas despedidas ocres.
El ginkgo abre abanicos amarillos,
fuegos artificiales al revés.
El granado deja rodar sus semillas
como un corazón que aprende
a desarmarse sin ruido.

Otoñean.
Se traducen al lenguaje del suelo,
del verde a fósil terrenal.

También nosotros caemos,
aunque sigamos erguidos:
planes como hojas,
amistades de junio,
promesas colgando de una rama
llamada “siempre”.

Al caer
escriben en el suelo
un mapa de lo que fuimos.
Bajo la corteza,
la savia toma nota.

Hibernamos por dentro:
más raíz que rama,
más hueso que gesto,
más pregunta que calendario.

Hay inviernos sin nieve afuera
y tormentas de cristales fríos por dentro.

La ciudad parece bosque caducifolio:
fábricas cerradas,
bares a media luz,
bibliotecas nevadas de polvo.

Un pueblo también pierde sus hojas
cuando le recortan la lengua,
le arrancan la música,
y el miedo se vuelve
estación oficial.

Entonces el tiempo
parece tronco seco.
Pero la raíz conspira.

Incluso en enero,
cuando el cerezo es una mano desnuda,
ya se escribe la primavera
en letra microscópica.
El ginkgo prepara nuevos abanicos.
El granado sueña
con abrir su pecho sin perdón.

También nosotros ensayamos
la próxima vida sin saberlo:
un poema aún en blanco,
una canción que desafina
pero insiste,
un libro buscando apellido,
un abrazo que foguea el corazón.

Un día, sin fanfarria,
algo se abre:
nacen palabras,
florece ideas,
reverdecen poemas.

Lo llamamos “primavera”
para no decir
“segundas oportunidades”.

El cerezo explota en blanco,
el ginkgo enciende su verde nuevo,
el granado dibuja en su copa
la promesa de un corazón
que quizás se rompa mejor.

Tras la guerra,
algún tipo de paz.
Tras la dictadura,
algún tipo de voz.
Tras la pérdida,
alguna palabra nueva
que no sabíamos pronunciar.

La historia es un bosque
de hoja caduca:
nace, florece, otoñea,
hiberna y vuelve a nacer.

Tal vez vivir sea
aprender a caer
sin dejar de ser árbol:
aceptar que cada hoja
es renuncia al verano que ya se fue;
aceptar que el invierno no es muerte,
sino ensayo general
de la próxima flor;
aceptar que la historia
no avanza en línea recta,
sino en espiral,
como vetas de la madera.

Mira el suelo otoñal:
no es cementerio de hojas,
es taller de primaveras.

Mira tus pérdidas:
semillas fértiles
buscando raíz.

Cada otoño
anota tu nombre
en el libro de los que cambian de piel.
Cada primavera
pronúncialo en voz alta.

Mientras tanto,
el árbol,
viejo profesor de las estaciones,
sigue ahí:
quieto y en movimiento,
muriendo de a trozos,
renaciendo a impulsos,
recordándonos
que el tiempo
no solo pasa,

sino que va y viene.
Y además... germina.

**Paco Muñoz-Martín: En mi jardín otoñal de El Escorial...pensando en mis amigos de
armas...tomar. Nov. 2025**